

FRANQUISTAS

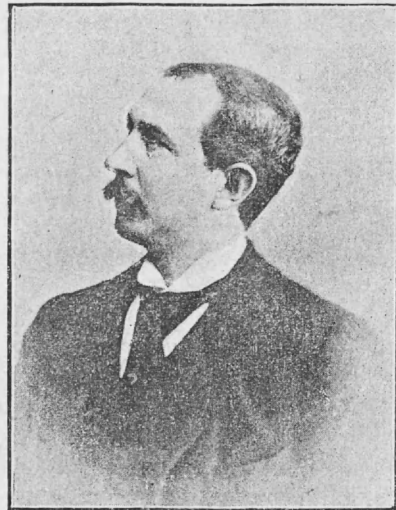
Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

HELIODORO F. GASTAÑADUY

ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR

Urbano G.



Como médico y poeta
Salud esparce a porfía;
Porque cada poesía
Viene a ser una receta
Que cura la hipocondría.

Hombre muy modesto y llano
Y de entendimiento sano,
Es un médico notable,
Un poeta inmejorable
Y en fin, un buen ciudadano.

Si con gracia escribir quiere
Ningun esfuerzo precisa;
Y con él es cosa lisa
Que ningún enfermo muere
¡Cómo no muera de risa!

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

ENRIQUE LABARTA



El Sr. Canalejas y el Centro Gallego.—
Lata ferendæ parlamentaria.—;Esto se
hunde!

El Sr. Canalejas tomó posesión de su cargo de presidente del Centro gallego.

Todos sabemos lo que le pasa al Sr. Canalejas; conocemos su mal, originado por una indigestión del *gabinete de notables*, y sabemos también de que pié cojea. Por lo demás, es una verdadera adquisición para el Centro.

Jóven, simpático, de extraordinario talento, de fácil y abundante palabra, gallarda presencia, rico, distinguido y afabilísimo, le ha venido á los gallegos del Centro como pedrada en ojo de boticario.

Pero... no tiene más que un pero: es gallego *in partibus*.

No tiene de gallego más que el haber nacido en el Ferrol; sus afecciones, sus amistades políticas principalmente, sus relaciones privadas, están en otra parte. Supimos que era gallego cuando fué nombrado ministro de Fomento; pero jamás fué diputado por ningún distrito de su país natal, ni aquello lo consideró como su tierra, ni hizo jamás, que yo sepa, cosas que indudable-

mente diesen á conocer su preferencia por Galicia.

Y es que ese concepto de *tierra*, sinónimo de patria, de oriunde, no depende solo del hecho accidental del nacimiento. Hay otras circunstancias que lo califican y distinguen cien veces mejor: la permanencia en el país, la asimilación de costumbres, la unidad de aspiraciones, los afectos creados, especialmente durante la pubertad, en las aulas, en las diversiones, en la vida uniforme y constante del pueblo, caracteriza todo eso muchísimo mejor el concepto de gallego, de vizcaino, de andaluz, de catalán, que el accidente del nacimiento si no es seguido de la residencia constante y 'demás condiciones indicadas.

Por eso digo que el Sr. Canalejas no es gallego. Es alicantino.

*
*
Esto no *empece*—como dice frecuentemente un gallego orador del Centro—á que sea un Presidente que ni buscado con candil se hallaría otro mejor; lo que yo digo es que no puede llamarse gallego, y

sanseacabó. Habrán tenido sus razones de más ó menos peso los patrocinadores de la candidatura del señor Canalejas, y se prometerán fundadamente cosas muy buenas durante su presidencia, pero el caso es que, en una sociedad de gallegos, de la que no puede formar parte persona alguna que no tenga ese carácter—y esto es muy vago, porque si se atiende al nacimiento para calificar de gallego á una persona, resultan «anacronismos» como este—hay un Presidente que no es gallego.

Y partiendo del hecho de ser Presidente, que para bien de todos sea, vamos á su discurso de presentación.

*
* * *

Ante todo, sépase que en el Centro Gallego no se hace política. Y sin embargo, el discurso del señor Canalejas fué eminentemente político.

Aún más; preguntando yo, con extrañeza, la causa de la elección del Sr. Canalejas para Presidente del Centro, se me dijo que obedecía al legítimo deseo de que la Sociedad fuese nada más que gallega, y su representante genuino, el Presidente, no estuviese ligado por los compromisos políticos que en Galicia existen, ajeno por completo á esas luchas de localidad, de caciquismo y de encontrados intereses. Y... al primer tapon ¡zurrapa! El señor Canalejas hace causa común con la Coruña, y con esto tiene que enajenarse las simpatías de los que en Ferrol, Santiago y Lugo protestaron de la conducta de la Capital.

Conste que no me meto en dilucidar si esa tendencia es buena ó mala; por de pronto diré que es la más simpática, aunque no sea la más propia de un personaje afiliado

á un partido perfectamente disciplinado, pero afirmo que no corresponde al Presidente de una Sociedad que en Madrid representa á la Coruña, á Lugo, á Pontevedra y á Orense, sin preferencias de una provincia sobre otra, ni consideración alguna que no sea el favorecer y alentar el espíritu de región, y no el de localidad.

El Sr. Canalejas es partidario de la continuación de la capitalidad en la Coruña, y, habiendo gallegos que la prefieren en Monforte, ¿puede creerse intérprete de sus aspiraciones? ¿Cómo compagina esas dos tendencias que aún siendo regionales, son opuestas por el espíritu de localidad?

Y añade en su discurso: «Como gallego, y aún cuando no voy á hacer la tertulia á ningún personaje de aquella tierra hermosa, ni he representado jamás ningún distrito de Galicia, creo que debo estar á vuestro lado en tan interesante cuestión y en todas las que afecten á intereses que nos son tan caros.»

Muy bien; pero... eso de tertulia... ¿es alguna alusión? Si la es, no la creo muy pertinente, ni exacta; de los gallegos que aquí conozco y que tienen alta significación política, no sé que tengan siquiera tertulias de ese género ni de otro alguno; y no siéndolo, pasará como una figura... donde esas tertulias tengan lugar.

En fin, Sr. Canalejas: obras son amores. Discursos ya no nos sirven, aún siendo tan hermosos como los suyos. Al freir será el reir, y usted que está llamado, y será seguramente de los escogidos, á hacer un gran papel en la política de España, si no se impacienta, tendrá ocasiones sobradas de traducir en hechos lo que de manera por demás galana y brillante ha dicho en el Centro

Gallego la noche de *autos*. Porque sepa que allí tenemos muy aprendido aquello de: *operibus credite et non verbis*.

Y lo digo cual lo siento,
que yo no he visto de tejas
abajo, cual Canalejas,
hombre de tanto talento;
pero en toda esta Babel
—yo lo digo sin malicia—
más le valdrá á él Galicia
que á Galicia valdrá él.

* * *

El acta electoral de Celanova
ya nos resulta una solemne *coba*;
y el señor que ha salido derrotado
más discursos nos lleva ya espetado,
llenos de pucherazos, coacciones
y demás gangas de las elecciones,
de los que son precisos
para enchar una casa de seis pisos.
Entretanto el Gobierno
se dá á los demonios del infierno,
y todos á porfía,
Gobierno, periodistas, mayoría,
decimos *inter nos*:
¡con *Iglesias* tales no puede ni Dios!

Y Don Senén Canido,
provocado por él el otro día,
dijo—¡*Ca!* ¿vá á pensar su señoría
que del resto caí de mí apellido?
De *Iglesias* tan *latosas*, no lo niego:
¡desde aquí para siempre yo reniego!

* * *

Dos ó tres tardes hace,
que un guarda del Retiro,
halló, de una gran rama,
un hombre suspendido.
Tiróle de las piernas
y al punto al suelo *vino*,
(es de advertir que de esto
tenía unos cuartillos.)
—¿Qué es eso?—dijo el guarda—
¿Qué es lo que ha sucedido?
¿Es un crimen frustrado,
ó es solo un suicidio?
—No es nada, señor guarda
—el hombre entonces dijo;—
ni yo quise matarme,

ni menos otro quiso.

—Entonces, dí ¿qué hacías
del árbol suspendido?

¿Andarte por las ramas
buscando acaso un nido?

—No tal, que aún no me han hecho
agente ejecutivo

¡*pá* andar trás de los pájaros
que deben el subsidio.

—¿Serás un vigilante
y estás en el atisbo
por ver si te distingues
haciendo algún alijo?

—No.—Luego ¿qué demonios
haces en este sitio?

—Pues mire, señor guarda,
lo que hago es muy sencillo.

¿No vé usted que las calles
se hunden de improviso;

las casas, á pedazos,

les pasa ya lo mismo;

se caen las chimeneas

como los balconillos;

aquí se hunde una acera,

allí se agrieta un cerco,

allá se caen los techos

sobre los inquilinos,

y al fin de todas éstas

nos viene el anarquismo

á darnos el petardo

más gordo que se ha visto,

haciéndonos pedazos

ó haciéndonos polvillo?

¿No es cierto que eso pasa?

Pues bien, lo que yo digo:

aunque me crucifiquen

en la tierra no vivo;

y fuera de ella no hay,

que yo sepa, otros sitios,

que el agua con sus peces

y el aire con sus bípedos.

Si yo fuera una trucha,

como ciertos políticos

que van entre dos aguas,

al agua me iba hoy mismo;

más yo de trucha tengo

lo que usted de arzobispo;

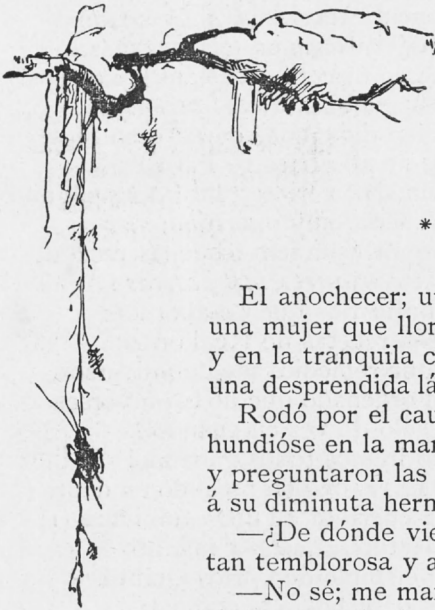
y aunque yo no he volado

porque no fuí á presidio,

ni tengo nada de *ave*,
 —soy *llano* de apellido—
 me dije: ¡pues al bosque!,
 y vine muy creído
 de que andar por las ramas
 no es ningún delito,
 y más cuando se busca
 el albergue preciso.
 —Ya, ya—repuso el guarda—
 —si no pez, es de fijo,
 un pájaro de cuenta
 que atisba algún bolsillo;
 andando hácia la cárcel,
 que aquéllo no se ha hundido.

—¿Qué no se hundan las cárceles?
 Y entonces ¿el presidio
 de San Agustín? —Nada,
 nada, y vamos ¡chito!
 ¡Así se contrarresta
 el miedo más legítimo
 á hallarnos cualquier día
 que nos rompe el baustismo
 cualquier esquina ébria,
 ó á vernos convertidos
 en tortilla sin huevos,
 sin sal y sin batido.

JOSÉ G. ACUÑA



* * *

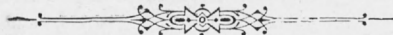
El anochecer; un río:
 una mujer que lloraba;
 y en la tranquila corriente
 una desprendida lágrima.

Rodó por el cauce abajo,
 hundióse en la mar salada,
 y preguntaron las hondas
 á su diminuta hermana:

—¿De dónde vienes que llegas
 tan temblorosa y amarga?

—No sé; me mandó á unos ojos
 el desconsuelo de un alma.

JOSÉ ECHEGARAY



MI ENFERMEDAD

Hace un mes, no cumplido, que un punto siento
Que en mí costado izquierdo tomó su asiento;
Y un médico mi amigo dió en la manía
De decir que es un punto... de ortografía.

También me duele el vientre, la boca, el bazo,
El pecho, la garganta y el espinazo,
Carezco de apetito, casi no duermo
Y en fin, que me parece... ¡que estoy enfermo!

Los médicos discrepan; y á mi dolencia
Le dan diversos nombres; pero en la esencia
Veo que no disbarra ningún Galeno:
Porque todos me dicen que no estoy bueno.

Sobre mi mal existen mil opiniones
Fundadas todas ellas en sus razones:
Unos dicen que tengo *conjuncionitis*,
Otros, que es mi dolencia, *sin dineritis*;

Hay quién sienta teorías las más extrañas
Y opina que hay ratones en mis entrañas,
Prueba alguno en discursos bastante extensos
Que siento la nostalgia... *de los ascensos*
Y no falta quien diga, que soy un caso
Del cólera que invade nuestro Parnaso.

Remedios me dan varios; y hasta hay alguno
Que juzgo que sería muy oportuno;
Pues una, entre otras muchas buenas recetas,
Dice: *Récipe: ascenso-tres mil pesetas*.
¡Pero no hay boticarios que tal aborden;
Porque esas son recetas de Real orden!

En fin, aunque remedios me dan diversos,
Todos me han ordenado que no haga versos.
¡Así, los haré solo de vez en cuando
Y de ese modo iremos todos ganando!
Por eso en el **EXTRACTO** ya no ando en danza
Y ni hago una cuarteta, ni una semblanza (1)
Tanto es así, lectores, que por instinto
He seguido el ejemplo de Carlos Quinto.
¡Renuncié mis derechos á la corona!
¡Ya está el **EXTRACTO** á cargo de otra persona!
¿El príncipe heredero quién es? ¡Torcuato!
¡A mi querido amigo le cargué el pato!
Y aunque de dirigirla debo eximirme,
Sin embargo en la nave sigo á pié firme;



(1) Solamente exceptúo la de Heliodoro,
Que es un chico *de biten* ¡á quien adoro!

Por lo tanto seremos desde este instante
 El capitán, Torcuato; yo un tripulante.
 Y si á hundirnos llegamos (tal Dios no quiera)
 Yo moriré á la sombra de la bandera;
 ¡Torcuato, sobre el puente lleno de gloria,
 Igual que el comandante de la *Victoria!*

ENRIQUE LABARTA



MÁS CANTARES

Arenitas de la mar,
 estrellas del firmamento ..
 ¡qué pocas sois, comparadas
 con las penas que yo tengo!

El hombre nació de nada
 y de un hueso la mujer...
 ¡¡or eso en ella halla el hombre
 un buen hueso que roer!

Clavelillos rojos,
 luceros de plata,
 aurorillas de Mayo, ocultaos,
 que ahí viene mi amada.

Dicen que el alma se vé
 por reflexión en la cara...
 ¡buen chasco lleva el que juzgue
 por tu hermosura tú alma!

Antes decías quererme,
 yo dudaba con razón;
 hoy dices que no me quieres..
 y siempre en la duda estoy.

Las mujeres y los hombres
 cuando están de amor contentos,
 es que el'os piensan en ellas,
 y ellas en los cuartos de ellos.

Cuando yo enferme y no logre
 curarme con tú mirada,
 ya pued'n tocar á muerto
 de mi pueb'o las campanas.

«Alivia la pena el rezo;
 reza —exclamabas— verás...»

¡Ay! recé y me has olvidado,
 ¡ya no vuelvo á rezar más!

La mujer es un ángel
 que aquí en la tierra
 vive siendo del hombre
 la compañera:
 dulce consuelo,
 que en pago de mil penas
 nos manda el Cielo.

El amor y el interés
 se perdieron una noche,
 la mujer recojió al último,
 y el amor lo llevó el hombre.

¡Qué bajito hablabas,
 que no oía tus frases, y en cambio
 las sentía el alma!

Que son celos me preguntas
 con muchísimo interés,
 pues, algo así como gloria,
 ¡pero vuelta del revés!

Antes no creía en nada;
 al fin, en tu Dios creí,
 y desde que tú me quieres,
 ¡creo en Dios... y creo en tí!

Las lágrimas de placer
 y las que causa el dolor,
 son distintas al nacer,
 ¡y tienen igual sabor!

¡No me mires de ese modo,
 que no tengo tila á mano
 y soy, niña, muy nervioso!

ADOLFO MOSQUERA

UNA AVENTURA GALANTE

EL banquete llegaba á su término. El doctor Medina, que no bebía nunca licores, empezó á saborear con fruición la taza de café, mientras los alumnos, rotas las vallas de la reserva que en un principio les dominara, bromeaban en alta voz, repartiéndose las botellas Kumel y chartreuse. La conversación concluyó por fraccionarse, formándose pequeños grupos que discutían ardentemente temas diversos; pero, al cabo, venció uno que se hizo general.

Cuál fuese, casi no necesito decirlo: la mujer. Salieron allí todas las teorías, desde la más romántica y ñoña, á lo *Rafael* de Lamartine, hasta la más excéptica, á lo Schopenhäuer. El doctor escuchó por largo rato, sonriendo discretamente, hasta que uno de los discípulos, en quien el Champagne había desatado la lengua, se atrevió á preguntar:

—Maestro, ¿no ha tenido usted nunca aventuras amorosas?

—A fé mía que sí, dijo el doctor poniéndose sério. Y voy á contar á ustedes una de las más peregrinas. Ya es vieja. Apenas si llevaba yo un mes de ser profesor en la facultad de Medicina de Madrid.

Callaron todos los chicos y atendieron con la curiosidad más viva.

—Uno de mis primeros clientes, siguió el doctor, fué un pobre obrero, en cuya bohardilla hacía más falta la cocina que la botica. Confieso que siempre salía yo de allí vivamente emocionado. Uno de los días me llamaron dos veces, y la segunda fué al anochecer. La



cosa iba mal y bajé á la calle con gran disgusto: el enfermo se me moría infaliblemente. Tomé el camino de casa muy despacio para distraerme de aquella preocupación. El azar me ayudó. Al doblar una esquina ví venir hácia mí una moza garrida si las hay, que caminaba perezosamente con cierta indecisión en todos los movimientos del cuerpo. La esperé bajo de un farol para verla en plena luz. Conforme se acercaba, iba yo notando lo airoso del busto, lo pobre y raído del traje. La falda que había sido negra, descolorida ya y muy rozada en los bordes, acusaba bien los contornos de las caderas salientes y angulosas. En la cabeza llevaba un velo medio roto y prendido descuidadamente. La cara, ¡señores, no he visto en mi vida, una cara más perfecta, pero tampoco más pálida y ojerosa!

Al pasar por mi lado, me miró, como pidiendo auxilio, y quedé pasmado de la horrible queja que expresaban aquellas facciones. La moza garrida tenía hambre,



un hambre imposible de ocultar. Juro á ustedes que por el momento no experimenté sensación alguna de que pudiera avergonzarme; pero, sin saber por qué, seguí á la mujer. Lo notó ella y aceleró el paso. Yo hice lo mismo.



Para sorber unas {cucharadas del Moka, calló el doctor un momento. Los discípulos, maquinalmente, bebieron también en sus copas sin decir palabra.

—A poco de andar, empecé á darme cuenta de lo que me llevaba detrás de aquella criatura. La impresión que su hambre me había causado, produjo en mí un deseo especial, el deseo de verla comer, de gozar unos instantes mirándola hartarse de cosas que ni soñadas para ella. «¡Qué feliz sería esa chica con un buen menú!» pensé. Y me solzaba de antemano con la alegría que esto podría producirle: su animación al preparar las ostras, su locura al beber el Champagne. ¡Qué hermosa debía

estar aquella cara con los colores que dá una buena comida!.. Luché un poco con esta idea, que me pareció muy bien por un lado y un poco ofensiva por otro. Al fin me decidí.

Nueva pausa que empleó el doctor en inspeccionar las caras de sus oyentes.

—Aceptó... con algo de miedo, justo es decirlo. Escogí un restaurant discreto y en él uno de los gabinetes más reservados. ¡Qué orgía, señores! La pobre muchacha no podía disimular su asombro. Aunque mi peculio no era sobrado y no podía permitirse grandes lujos, la lista que hice le pareció á mi compañera deliciosa.

Lo dió á entender así, primero con acto, comiendo afanosamente y con fruición; luego, según fué animándose, con palabras.

Pues bien; ustedes creerán que logré mi propósito y que me divertió la comida?

Nada de eso; á medida que la muchacha iba entusiasmándose iba yo entristeciéndome.

El espectáculo de aquel hambre que se saciaba, de aquellas mandíbulas que no cesaban de mascar, de aquella alegría tumultuosa que el estómago enviaba al cerebro me dieron una pena profunda.

Gocé solo por reflejo, viéndola gozar... Al fin, se emborrachó, aunque sin beber mucho.

Se volvió enormemente locuaz, me contó mil historias, y por último se sentó á mi lado y me abrazó. Tuve un momento de gran excitación de los sentidos; pero enseguida se apoderó de mi tal emoción, que por poco rompo á llorar.

No comprendía ella mi estado.

Quizá por expansión necesaria, siguió acariciándome y buscó mis caricias; pero yo no podía ver en esto más que el pago de una cena.

Intenté rechazarla, y se resistió.

Entonces—¡cosas raras de los nervios!—la mimé como á una niña, como á una hija, de modo tal, que el más escrupuloso no hubiera notado pizca de ofensa en mis halagos. La senté sobre mis rodillas, puse su cabeza sobre mis hombros, y traté de dormirla, como hacía muchas veces con mi sobrinito... Y se durmió!

Durante largo rato, no me atreví á moverme.

Al fin, me levanté y la dejé acostada en el diván.

Arreglé sus ropas para que miradas indiscretas no se gozaran groseramente en ella. Le dí un beso en la frente, y salí, lanzando un suspiro, como quien se libra de una preocupación honda...

Al mozo, que esperaba en el pasillo, le encargué que no la despertara hasta pasado algún tiempo, y aseguré mi encargo con fuerte propina.

Por muchos días me duró la preocupación; y me arrepentí más de una vez de haber salido de aquel modo...

Risas ahogadas acogieron esta confesión del doctor.

Los discípulos creyeron adivinar lo que quería decir aquel arrepentimiento.

Pero Medina sonrió dulcemente y terminó así, mirándolos cara á cara:

—Me arrepentí señores, porque aquello fué un abandono.

La pobre niña comió aquella noche. ¿Quién sabe si volvería á comer, y á costa de qué indignidades?...

Por eso mi más hermosa aventura de amor es la que más tristeza me ha dejado en el alma.



RAFAEL ALTAMIRA

(Prohibida la reproducción)

Junio 93.



EN EL ALBUM DE MI AMIGA SOFÍA

Has dado tú en la porfía
De que haga versos, y á fé
Que no me explico el por qué
De semejante manía:
De que haga lo que no sé.

—
¿Yo, que á las musas maldigo,
Hacer poesía? ¡Ilusión!
En otro tiempo no digo
Y el cielo será testigo
De que he tocado... el violón.

—
Apesar de todo eso,
Procurando hacer memoria
Y aunque soy hombre de peso,
Te probaré que la historia
De la poesía es el beso

—
Dios con un beso fecundo
Mil mundos lanzó al espacio,
Y con cariño profundo
Dióle al hombre por palacio
Dentro del espacio un mundo.

—
Al beso del día el mar
Tiñe sus ondas serenas
Que marchan al espirar

Un dulce beso á dejar
Sobre las blancas arenas.


—
Para la flor, la poesía
Es el beso de la aurora
Y para el alma que ansía
Es el beso que le envía
Con sus ojos la que adora.

—
Para la madre, el que al niño
Inocente y puro deja
Entre frases de cariño
Sobre su frente de armiño
Que oculta rubia guedeja.

—
Y para aquel que la nada
Contempla ya sin enojos,
El que en la postrer mirada
Pide con vidriosos ojos
Dejen en su frente helada.

—
Ya ves, amiga Sofía,
Que de amistad en el colmo,
He hecho lo que podía
Y que pedirme poesía
Es pedir peras al olmo.

HELIODORO F. GASTAÑADUY



SONETO

En médio la tormenta, el rapazuelo
De inclinación audaz, demoledora,
Ni flor deja en la planta trepadora
Ni fruta en árbol, que él no arroje al suelo.
De prisa va el Atila pequeñuelo
Siguiendo así en su obra destructora:
Abre una mata, y vé de ave canora
El nido fabricado con anhelo.
«A tierra!»—dice—«A tierra!» y se alboroz
El templo deshaciendo bendecido
Del ave que alejándose solloza...
Llega á su casa: un rayo la ha destruido.
Y están sin nido el ave y él sin choza.
Y son al fin dos pájaros sin nido.

RENATO ULLOA

EL COLMO DE LA INDIFERENCIA

EN la alta habitación cuyas paredes ostentan preciosos arabescos, y que tiene una sola ventana por la cual entra, como polvareda de oro, el adios luminoso del sol próximo á ocultarse allí donde la esencia de los perfumes más delicados flota dispersa con los últimos rayos de la luz del día, recostado sobre un montón de mullidos cojines, estaba Naboul-Pachá, inmóvil y silencioso, aspirando suave y acompasadamente el humo azulado de su larga pipa de ámbar.

Su barba venerable caía como una cascada de hilos de plata sobre su pecho, cubierto de ricos bordados: de su abultado vientre salían dos piernas cortas y regordetas, que tenía cruzadas á estilo oriental. Su actitud revelaba el fastidio de un abatimiento completo, el desaliento producido por deseos irrealizables y por larga experiencia de la vida.

Maboul-Pachá había sido un hombre célebre por su belleza varonil, por su fortuna inmensa y por la inagotable fantasía de su imaginación; un sabio que colocó siempre á la mujer delante de los mayores bienes del mundo. Pero después de haberse visto obligado, bien apesar suyo, á ordenar que extrangularan á su favorita Fatina para dar un ejemplo en su serrallo, sintióse invadido por una grandísima tristeza, como si la extrangulada se hubiese llevado á la tumba el secreto de sus últimas alegrías.

Por este motivo Aboulifar, el jefe de sus eunucos, había marchado hacia tres meses para buscar, si era preciso en el rincón más apartado de la tierra, una mujer digna de ocupar la plaza que la desventurada Fatina dejó vacante.

De pronto entró Aboulifar vestido de blanco, y con voz de soprano dijo así inclinándose respetuosamente:

—Señor, acabo de llegar, y creo que quedaréis satisfecho de mí... Voy á presentaros tres ejemplares del bello sexo... El número es escaso, pero la calidad es verdaderamente superior... No lo digo por alabarme, pero difícilmente podréis hallar otro servidor que sufra los malos ratos que yo he sufrido por agradaros.

Maboul-Pachá respondió á este discurso con un imperceptible movimiento de cabeza, soplando una espiral de humo que rodeó momentaneamente su turbante. Aboulifar levantó el tapiz que cubría la puerta de entrada, hizo una seña y aparecieron tres mujeres hermosísimas en el instante mismo en que Maboul-Pachá entregábase de nuevo á sus profundas meditaciones, indicando únicamente con sus rítmicas aspiraciones la movilidad de su pensamiento, que flotaba indeciso como el humo desprendido de su larga pipa.

—Señor, exclamó Aboulifar presentando á una de las recién llegadas; esta que véis aquí es Lola, una española que ha nacido en Sevilla y que está reclamada por los tribunales porque en un arranque de celos le dió á su novio una *puñalata* y le partió el corazón. Aparte de esto, la andaluza es una maravilla de gracia, y hay que verla bailar y tocar las castañuelas para comprender todo lo que vale. ¡Qué ojos, señor! ¡qué sonrisa! ¡qué dentadura!. Su negra cabellera tiene los reflejos azulados del cielo de su país... Sus labios son de coral... Fijaos bien, señor.

Aboulifar aguardò en vano un signo de aprobación de Maboul-Pachá; pero no se desconcertó al ver que éste continuaba fumando tranquilamente, y prosigió su tarea:

—Esta que os presento ahora tiene el poético nombre de Gretalien y la he encontrado en Alemania. Me permitiré llamar vuestra atención acerca de su salud, de su robusted, de sus sanos colores, de la sólida base en que se apoya su cuerpo. ¿Verdad, señor, que no habéis visto pies más grandes en toda vuestra vida? Sus cabellos son rubios, pero de un rubio claro que no se ve todos los días y sus ojos tienen un extraño brillo semejante al de la vagilla de barro vidriado. Su conversación no es espiritual, ni siquiera interesante pero en cambio distrae mucho al verla comer, porque comiendo es una notabilidad. Es muy hábil haciendo dulce y el hombre que no tenga ganas de conversación puede pasar junto á ella ratos muy divertidos porque hablando francamente, su acento no es agradable.

Calló Aboulifar y su amo no demostró haberse enterado de lo que aquel acababa de decir. Un crujimiento del tabaco contenido en la pipa fué la única respuesta que tuvieron las frases del jefe de los eunucos.

El cual continuó con serenidad imperturbable:—La tercera y la última es Juana, nacida y educada en París.

Miradla bien, señor.

Esta jóven elegante, distinguida, forma parte de la Sociedad de la emancipación de la mujer, y aspira como todas sus correligionarias á romper las cadenas de la insufrible esclavitud en que los hombres tienen sumida á la bella mitad del género humano.

Creo inútil deciros que una mujer así es la más apropiado para desterrar de esta casa el aburrimiento puesto que procurará tenerla en constante revolucion.

Tampoco necesito extenderme en consideraciones para poner de relieve los encantos de la señorita Juana, pero permitidme que llame vuestra atención acerca de sus negras y juguetonas pupilas, de su sonrisa enloquecedora, de su garganta de alabastro.

¡Ah! se me olvida otro detalle... Mirad que pies, ¡que piececitos! ¡No los hay más pequeños ni más aristocráticos! En fin, un conjunto admirabilísimo.

¿Verdad que sí?

Calló por cuarta vez Aboulifar y durante algunos segundos permaneció inmóvil, esperando siempre la respuesta de su amo. Éste hizo al fin un movimiento para retirar de sus labios la boquilla de ámbar y dijo con voz apagada, indiferente.

—Escoje tú, Aboulifar como si fuera para tí.

Ante la prueba de confianza que le daba su señor, el jefe de los eunucos sintió que asomaba á sus ojos un relámpago de orgullo. Pero después de reflexionar breves instantes bajo la cabeza y se adhirió al profundo silencio que reinaba en la alta habitación cuyas paredes ostentan preciosos arabescos y que tiene una sola ventana por la cual entra como polvareda de oro el adios luminoso del sol, próximo á ocultarse.

ARMAND SILVESTRE

(Prohibida la reproducción)

PARALELOS

Tú eres, niña garrida, la fresca rosa,
yo soy la gallineta que veleidosa
se asienta entre tus hojas llena de orgullo
y liba el dulce néctar de tú capullo.

Tú eres grietada torre de mármol frío,
la trepadora hiedra yo, que la escalo;
yo soy el agua mansa de manso río
y tú el angosto cauce donde resbalo.

Tú eres fresca pradera de verde al fombra,
yo en tu césped tendido duermo á la sombra.
Tú eres velera nave que busca el puerto,
yo el timon que te lleva con rumbo cierto.

Yo soy el llano, niña, tú eres la loma,
tú eres el ratoncillo, yo soy el gato;
yo soy el volatino, tú la maroma...
Y en fin, «tú eres la horma de mi zapato.»

CARLOS VALLE

La mantilla (1)

Mírame así. Que yo vea
esa linda figurilla,
y ese rostro que marea
orlado por la mantilla
que en tus cabellos ondea.

¡Qué hermosa estás! Tu blancura
resalta más con el velo,
y el encaje en su finura
hace tu frente más pura
y más brillante tu pelo.

Sus mallas finas y bellas
forman con flores su broche,
y tus ojos bajo ellas
semejan á dos estrellas
bajo el manto de la noche.

De tu cutis peregrino
el sonrosado divino
que se funde en tu mejilla
es más suave y más fino
debajo de la mantilla.

Y la sonrisa hechicera
que entre tus labios retoza,
antes pausada y severa,
es hoy cual la primavera
que conmueve y alborozca.

¡Como el encaje varía
la expresión de tu semblante!
Él da á tu rostro alegría,
á tu boca poesía
y á tus ojos luz brillante.

Con él al cruzar ligera
de una acera á la otra acera,
das vida á mil ilusiones,
rindes á la *calle* entera
y destrozas corazones.

Y al mirarte de mantilla
exclaman á una voz sola
cuantos ven tu figurilla:
¡Olé tu gracia, chiquilla,
viva la sal españolal!

GERARDO ALVAREZ LIMESSES

(1) (Del libro MARGARITAS [que en breve se pondrá á la venta en Madrid.]



En este momento histórico nuestros corazones son presa del mayor entusiasmo.

De una hora para otra se abrirán las puertas del circo taurino de la capital á donde acudiremos ávidos de emociones.

Desde que caímos en la cuenta de que también nosotros tenemos una sangre torera que no nos la merecemos, apenas si podemos pasar dos meses sin disfrutar de la fiesta nacional.

¡Nos la pide el cuerpo!

Conque, dentro de un ratito ¡á la plaza! á disfrutar del culto espectáculo y á perfeccionarnos en el arte del toreo que es la base de toda buena educación.

Y viva la mantilla
y el traje corto,
las mujeres y el vino
¡vivan los toros!
¡Olé, mi tierra!
(¡Qué flamencos salimos
en Pontevedra!)

Recibo una carta en la que se me anuncia el envío, por el mismo correo, del ejemplar de un libro recientemente publicado.

Y la carta ha aparecido...
pero la Lotilla nó.
Vamos, que el libro no ha llegado.

Como suele suceder en tales casos.

En las luchas del amor
la fea doña Leonor
fué muger muy singular.
Siempre conservó su honor...
¡Bueno era de conservar!

La correspondencia literaria y administrativa, se dirigirá al Director de esta revista, Torcuato Ulloa, Santa María, 6, Pontevedra.

SUMARIO

Texto — Heliodoro F. Gastañaduy, por Enrique Labarta. — *Crónica de la semana*, por José G. Acuña — * * * por José Echegaray — *Mi enfermedad*, por Enrique Labarta. — *Más cantares*, por Adolfo Mosquera. — *Una aventura galante*, por Rafael Altamira. — *En el album de mi amiga Sofía*, por Heliodoro F. Gastañaduy. — *Soneto*, por Renato Ulloa. — *El colmo de la indiferencia*, por Armand Silvestre. — *Para ellos*, por Carlos Valle. — *La mantilla*, por Gerardo Alvarez Limeses. — *Gránulos*. — Anuncios.

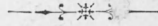
Dibujos. — Retrato de D. Heliodoro F. Gastañaduy, de fotografía directa — Ilustraciones de Julio Gros.

ANUNCIOS

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —



DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
" " semestre,
3'50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
" " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimo por número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

LA CONCHA DE AROSA

GRAN ESTABLECIMIENTO BALNEOTERAPICO

BAÑOS Y DUCHAS DE TODAS CLASES

En Villagarcía de Arosa.—(Pontevedra)

MAGNÍFICO RESTAURANT EN EL MISMO ESTABLECIMIENTO

Para condiciones de hospedaje, precios, etc., dirigirse á Al-
fonso Rueda, Villagarcía.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.